✠

SERMON

QUE EN LAS SOLEMNES HONRAS

CELEBRADAS
EN LA IGLESIA DE SANTIAGO DE ESTA CIUDAD
EL DIA 25 DE MAYO DEL AÑO DE 1881,

POR ENCARGO DE LA

Asociacion de Escritores y Artistas

DE LA PROVINCIA,

CON MOTIVO DEL SEGUNDO CENTENARIO
DE LA MUERTE
DEL PRINCIPE DE NUESTROS INGENIOS DRAMATICOS

D. Pedro Calderon de la Barca,

PREDICÓ

EL DR. D. FERNANDO HÜE Y GUTIERREZ,

PRESBÍTERO, CANÓNIGO DOCTORAL
DE ESTA SANTA IGLESIA CATEDRAL, PROVISOR Y VICARIO GENERAL
DE SU OBISPADO Y ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE
LA REAL DE LA HISTORIA.

SE IMPRIME Á EXPENSAS DE DICHA ASOCIACION Y CON PERMISO
DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

CADIZ

GAUTIER, EDITOR.

1881.

Tipografía de J. Benitez Estudillo, Bulas, 8.

✠

> Sapiens in populo hæreditabit honorem et nomen illius erit vivens in æternum.
> (Eclesiast c. 37 v. 29.)
>
> El sabio heredará honra en el pueblo y su nombre vivirá eternamente.
> (Del S. Libro del Eclesiástico cap. 37 ver. 29.)

Muy Ilustres Señores:

Dos siglos hace que en la Capital de la Monarquía española lanzaba el último suspiro, despues de una vida prolongada hasta los ochenta y un años de su edad, un venerable y piadoso Sacerdote.

Nacido en la misma Córte en Enero del año de mil seiscientos, había hecho sus estudios en el Colegio Imperial de Madrid y en la Universidad de Salamanca; mas siguiendo los impulsos de su generoso aliento, alistóse muy luégo en los tercios de Milan y de Flandes, y blandió valientemente su espada de soldado contra los enemigos de su patria. Vuelto á España y condecorado con la honrosa insignia del hábito y cruz militar de Santiago, Cataluña rebelde vióle de nuevo sostener con las armas el honor de la bandera de Castilla; hasta que templados por la edad madura sus juveniles brios, y henchido de piedad cristiana su pecho, inclinó su cuello al yugo del Sacerdocio Católico.

Desde entónces inscrito en la Congregacion de Sacerdotes naturales de Madrid y que presidió por largo tiempo, y ejercitándose en santas y caritativas obras, extendió el curso de sus dias hasta el

veinticinco de Mayo de mil seiscientos ochenta y uno.

¿Quién es este brioso soldado, quién este caballero, quién este Eclesiástico, ante cuyas ya consumidas cenizas se despliega hoy tanto entusiasmo? ¿Por qué en la espectativa y al advenimiento de este día se agita meses hace nuestra España literaria y artística?

¡Ah! señores, este Sacerdote y este soldado y este caballero desde su niñez y en su juventud y en su virilidad y hasta el término de su larga vida, y lo mismo en la condicion secular que en el sacerdotal estado, se mostró siempre lo que fué: un gran Poeta; es decir, un hombre de elevados pensamientos, esclarecido con la luz de poderosa y creadora fantasía, un hombre de sentimientos puros y tiernos en un corazon de fuego; y con ese fuego y en esa luz forjó su génio maravillosas creaciones en dramas yá heróicos, yá ideales, yá religiosos que, cautivando la admiracion de sus contemporáneos y de la posteridad, le han conquistado el renombre de gran Poeta, de talento portentoso, de Príncipe de la escena española: que tales títulos sin duda merece D. Pedro Calderon de la Barca.

Para honrar su memoria en este día, segundo centenario de su muerte, el Monarca y los magnates, al par de las corporaciones científicas, literarias y artísticas, se han esforzado con patriótico afan en promover fiestas cívicas que por su número é importancia se han elevado á fiesta nacional.

Vosotros, ilustres señores, que á nadie cedeis en amor á la Religion, á la Patria y al Arte, asociándoos á tan noble empresa, os habeis elevado sobre la generalidad de los que en ella han inter-

venido. No os habeis circunscrito como los más á ceñir con diadema de flores la estátua del incomparable poeta dramático ó á entonar cánticos en derredor de su tumba. Pudieran estos homenajes satisfacer al hombre de la antigua Grecia ó de Roma, ambicioso y avaro de la mundana gloria: pudieran llenar los deseos del hombre gentil, en expresion enérgica de San Gerónimo, *animal gloriæ* animal de gloria que en las alabanzas de sus conciudadanos ó en los elogios de la posteridad cifraba únicamente su suprema dicha.

Mas vosotros, señores socios, que cristianos y católicos ántes de todo, sabeis muy bien que los ecos de los cánticos y aplausos del siglo no alcanzan á la region de la eternidad, vosotros que creeis con igual firmeza que para los justos no completamente purificados hay un lugar de expiacion, en cuyo seno penetran las oraciones de los que hoy alientan la misma vida que ellos alentaron ayer sobre la Tierra; habeis venido primeramente con mejor y más cristiano acuerdo á llamar á las puertas del Santuario, pidiendo para el insigne Vate que conmemorais, el perfume de la plegaria, el incienso del Sacrificio incruento de nuestros altares y una palabra que le honre, distinta de aquella que el hombre suele dar al que es objeto de su admiracion ó de su amor.

Y la Iglesia ha respondido á este llamamiento; os ha abierto de par en par las puertas del templo; la Hostia viva de paz y de propiciacion eterna acaba de inmolarse y ahora señores... yo, ministro aunque indigno de la Religion Santa, debo alzar m voz para honrar con la palabra divina á aquel á quien ya ha enaltecido la palabra del hombre.

Mas ¿cómo hacerlo, señores? Confiésoos con

fraternal franqueza el temor que me ocupó al aceptar este encargo; que aunque honrado varon, aunque piadoso sacerdote no es nuestro esclarecido Poeta uno de aquellos que por la declaracion infalible de la Iglesia debemos venerar como á Santo, digno de nuestros cultos... tal vez me vea obligado á citar nombres que nunca han resonado en este santo recinto... acaso emita ciertos juicios meramente literarios ó evoque históricos recuerdos que diviertan vuestro pensamiento á objetos ménos severos y graves de los que pide este sagrado lugar... y esto, en esta Cátedra reservada para anunciar al pueblo la ley de Dios y para enseñarle los caminos que conducen á la salud eterna... ved aquí la causa que al principio me puso temor.

Mas en el rincon de mi retiro, en el recogimiento de mi tibia meditacion procuré mirar y estudiar á nuestro insigne Poeta á la luz del Evangelio y de la fé católica. Y le ví, señores, nacer en el primer año del siglo décimo sétimo; correr y avanzar en su vida á la par de ese mismo siglo, en el cual mostróse nuestra Patria, próspera en sus principios, trabajada y combatida por adversa fortuna en su promedio, desgraciada y decadente á su fin; pero siempre noble, siempre con honor, siempre pura su acendrada fé católica; y al descubrir en nuestro gran Poeta cuan vivo en él brillaba el sentimiento monárquico, el sentimiento del honor, el sentimiento cristiano-católico, creí al cabo y creo no rebajar la alteza de mi ministerio, si acierto á presentaros, cual deseo, como la más genuina personificacion de nuestro siglo décimo sétimo al Príncipe de nuestros escritores dramáticos, al noble y honrado caballero, al religioso Sacerdote Católico D. Pedro Calderon de la Barca.

I.

El pueblo español, señores, presenta en la Edad Media y en los siglos que inmediatamente le sucedieron una fisonomía ó carácter que le distingue de los demás de Europa.

Confundidos en el siglo octavo el visigodo y el hispano-romano en la comun ruina de la patria por la invasion sarracena, al recobrarse de la sorpresa de su vencimiento vemos que los reyes, los magnates, los prelados y el pueblo se aunan en comun esfuerzo y desde los montes de Auseba por una parte y desde las cumbres del Pirineo por otra, todos sin distincion empuñan las armas, y despues de una cruzada por su duracion y constancia, singular en los fastos de la historia, reconquistan el terreno perdido hasta arrojar á sus invasores á las playas del Magreb de donde habian zarpado siete siglos ántes para nuestra desventura. En esta lucha tan dilatada y contínua se fundió y formó nuestro carácter nacional. El español debía ser y lo fué amante y celosísimo de la integridad de la Fé Católica cuya causa era la misma que la de la oprimida Patria. No podía en su consecuencia permitir otro culto que el de aquella religion bajo cuyas enseñas había derramado torrentes de sangre en siete siglos de combates. La guerra de las montañas y de emboscadas desarrollaba su valor personal que unido á su nativa altivez no le permitía estar servilmente sujeto á los Ricos-hombres ó grandes; porque si estos habian enristrado sus lanzas

contra los sarracenos, á su lado el más oscuro campesino había entesado su arco ó esgrimido valerosamente su espada contra los mismos enemigos de su ley. No había quedado en España raza vencida ni vencedora; y aunque en tiempos de revueltas y durante largas minorías ó en reinados débiles los magnates cometian desafueros, el monarca les era tan superior que propiamente no rigió en España el sistema feudal. Miéntras que en Francia los condes de Champagne ó de Tolosa y aun más los duques de Bretaña ó de Borgoña eclipsaban á veces con su fausto y poderío el brillo de la majestad real, el Rey fué siempre en nuestra Patria la única personificacion de la soberanía y la fuente de toda jurisdiccion temporal: siempre en él permaneció la administracion de la suprema justicia en el Estado, y esta altísima prerogativa era una de aquellas cuatro cosas como dice la ley 1.ª del Fuero viejo de Castilla, precisamente el más nobiliario, que el Rey no podía ceder á nadie ni compartir con ninguno. Ligado, pues, el monarca en estrechos vínculos con las municipalidades ó el pueblo, su autoridad era respetada en todas partes; y las aspiraciones feudales de los Señores y su desmedida arrogancia tenían que humillarse ante el poder del Rey é inclinarse sus pendones ante la bandera real flotando en las principales ciudades y fortalezas del Reino. De aquí, señores, aquella veneracion, aquel rendimiento casi oriental al Rey, representante de la Divinidad y como tal amparador natural de los débiles, y la expresion más viva de la verdad, de la justicia y del derecho. ¿Indicaba el Rey un deseo? Millares de hombres se apresuraban á cumplirlo. ¿Le amenazaba un peligro? Miles de espadas se desnudaban en su defensa. Su

palabra era creida ciegamente. ¿Quién osaría poner duda sobre su veracidad? Sería rechazada como enorme desacato diciéndose con un Poeta en un célebre drama:

No, que es la imágen de Dios:
El Rey no puede mentir.

Mas al lado de este como culto á la dignidad real, en el alma del español se albergaba otro sentimiento tanto ó más poderoso: el sentimiento del honor. El honor, ese celo ó amor de la dignidad y personal decoro, desconocido casi completamente de los más grandes hombres de la antigüedad pagana por causas que no son de explicar aquí, se hallaba como esculpido en el corazon de los pueblos cristianos; pero en ninguno tan profundamente como en el del pueblo español. Su espíritu religioso exaltado por la larga lucha contra los enemigos de su fé, le impulsaba á honrar á Dios primeramente y á darle ántes que á hombre alguno lo que á Dios se debe, y el sentimiento del honor acrecentado en él por la conciencia de su grandeza en la adversidad, de su serenidad en los peligros, del valor de su brazo en los combates, servia de admirable contrapeso y de valladar robusto, bastante á resistir la voluntad del Rey cuando era inmoderada.

No creais, pues, señores, y á vosotros me dirijo más especialmente los que por su condicion, edad ó sexo no estais versados en este género de estudios; no creais, digo, que porque el régimen ó forma gubernamental fuese la monarquía absoluta eran nuestros abuelos gente abyecta que como estólido rebaño se inclinase muda ante los caprichos del Rey. Hablen sinó nuestros antiguos Procura-

dores en las Córtes de Toledo, Segovia y Coruña; hablen los consejos y tribunales que sabian *acatar* sí, pero no *cumplir* las órdenes reales que consideraban injustas. Quede el servilismo y la vileza para pueblos faltos de fé religiosa ó degradados ó enflaquecidos en los brazos de la molicie ó en el cieno de inmundos placeres. Esos son los serviles, esos son los que en la hora de las grandes pruebas, en los dias de los grandes infortunios, sin espíritu de sacrificio ni de abnegacion porque la impiedad y el sensualismo no pueden inspirarlos, esos son los que se arrastran cobardes á los piés del invasor de la patria y los que doblan su cuello al sable de cualquier déspota ó al puñal de cualquier demagogo. Pero el pueblo español no se inclinó ni pudo inclinarse nunca ante ninguna tiranía porque era el pueblo que por su religion y libertad había peleado en mil batallas contra los sectarios del Islamismo, porque era el pueblo que en todo tiempo y hasta en este mismo siglo opuso y ha opuesto siempre un *no* formidable á las exigencias de cualquier tirano aunque fuese el vencedor de Europa, aunque se llamase Bonaparte, porque es en fin el pueblo que ántes y ahora y ayer y hoy ha sabido encontrar un asilo seguro para su honor amenazado ó en gloriosa victoria ó en muerte aun más gloriosa.

¿Quereis ver ejemplos de esta dignidad de carácter, de este honor inmancillado? Pues escuchad solamente uno entre muchos que referir pudiera. Manda el Emperador y Rey Cárlos V al Conde de Benavente que aloje en su casa de Toledo al Condestable de Borbon primo del Rey de Francia Francisco I, prisionero nuestro en Pavía, pero rebelde á su Rey contra quien había levantado banderas,

poniéndose al servicio de España. El noble castellano vacila: no puede ni quiere resistir el precepto de su Rey y Señor; pero su honor le prohibe admitir bajo su techo á un traidor á su patria. Obedece al fin, pero con protesta de no volver á habitar más su palacio. Pocos dias despues al salir el Condestable francés de Toledo, pardos nubarrones y vivas llamas de fuego se levantaban del palacio de Benavente, al que su dueño con bárbara y sublime grandeza habia hecho incendiar. El noble conde había obedecido el mandato de su Rey pero tambien habia obedecido el que le dictaba su honor.

El pueblo español en el siglo décimo sétimo como en los anteriores era amante de sus reyes, pero no lo era ménos de su honor. Los escritores, los artistas, los poetas nos los revelan á cada paso; pero ninguno entre estos retrató este carácter con más fidelidad que nuestro Calderon. Ninguno mejor que él descubre las bellezas y las altas acciones de su siglo, como tambien sus faltas. El celebró las hazañas de los españoles de su tiempo, testigo entre otras el asedio y rendicion de Breda por el Marqués de Espínola. Si Velasquez inmortalizó este hecho de armas en el mejor y más famoso de sus lienzos, Calderon lo inmortalizó tambien en uno de sus dramas, mostrándose en esta como en todas ocasiones cantor ilustre de las glorias de España y de la Casa de Austria. Si quereis apreciarle como al poeta del honor castellano, sin gran trabajo observareis cuan vivo es este sentimiento en los personajes de sus dramas. ¡Con qué cuidados tratan de conservar ilesa su honra! ¡Cuán grande se muestra su dolor ante la sombra sólo de la más pequeña mengua, ante el peligro del más leve menoscabo y cuán terribles las consecuencias al considerarla perdida!

¡Cuán admirablemente en fin nos señala el límite hasta donde llega el deber de servir y obedecer al Rey y cuando principia el acatamiento que se debe al honor contra el cual no puede atentar el Monarca mismo! Otro insigne poeta de su tiempo había puesto en boca del protagonista de su más celebrado drama:

No he de permitir me agravie
Del Rey abajo ninguno.

Pero Calderon expresó más digna y cristianamente este doble culto al Rey y al honor cuando por el villano de Zalamea dijo estos magníficos versos:

Al Rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma
Y el alma sólo es de Dios...

Mas permitidme, señores, que ponga fin en esta parte á mi discurso. Cumple mejor al sagrado lugar en que estamos y á mis propios deseos considerar á Calderon en aquellas producciones de su ingenio en que todo es inspirado por la fé y la piedad católica. Comprendereis que me refiero á los *Autos Sacramentales.*

II.

No ignorais vosotros, señores, que os honrais con la profesion de cristianos y católicos que entre los Sacramentos de la Ley de gracia, fuentes de

nuestra santificacion, hay uno que escede á todos en dignidad y grandeza. Por él ese Verbo Divino, el Hijo de Dios, consustancial al Padre, no contento con haber unido á su naturaleza divina la humana nuestra, ennobleciendo al hombre, ya hueso de sus huesos, carne de su carne, hermano suyo, sinó que llevado de ese mismo amor al hombre por un milagro, el mayor de su caridad, quiso quedarse por compañero suyo aquí en la tierra y dársele por espiritual alimento que lo sostuviese en esta dura y afanosa peregrinacion que llamamos vida. Considerado como sacrificio es el mismo que cruentamente se consumó en aquel monte portentoso donde el Cristo Salvador pendiente en una cruz entre los cielos y la tierra, dió su vida de hombre por redimir al hombre delincuente; porque uno es el Sacerdote que inmola en el Gólgota que el que sacrifica en los altares, una misma es la víctima tambien é igual su virtud y eficacia de hacimiento de gracias, de suprema adoracion y de propiciacion infinita.

Tal es, señores, la Sacratísima Eucaristía, Sacrificio y Sacramento, centro de nuestro culto católico. Este Sacrificio jamás ha faltado en la Iglesia desde el Calvario hasta nuestros dias y nunca faltará, como está escrito, hasta la consumacion de los siglos. Este es el pan divino sustento y consuelo de los cristianos de las catacumbas; con él fortalecidos se levantaban para confesar su fé delante de los Decios y Dioclecianos y en los tribunales de los Procónsules y en la arena de los anfiteatros. Esta es la hostia en forma de pan ante la cual en las selvas de la Germania y en las playas Escandinavas y en los bosques druídicos de las Galias inclinaron sus frentes orgullosas los valerosos hijos

del Norte tornados en discípulos humildes de la Cruz.

Habian pululado en la Iglesia muy desde sus principios multitud de heregias ó errores atacando este ó el otro dogma, desfigurando ó corrompiendo esta ó aquella doctrina: mas respecto de la real presencia de Cristo en la Eucaristía no se había en el trascurso de once siglos levantado voz alguna que pusiera sobre ella la más ligera duda. Fué Berengario quien por la vez primera osó contradecir este augusto dogma, siguiéndole en su error en los siglos duodécimo y décimo tercio los Valdenses y Albigenses.

Entónces surgió en la Iglesia un pensamiento, hijo de la fé. Para confusion del error, para alegrar los corazones cristianos y para tributar lo más solemnemente posible culto y adoracion á ese Dios que no cabiendo en los orbes se ha empequeñecido y anonadado bajo los velos eucarísticos, será esa Hostia divina conducida en procesion triunfal por las calles y plazas de todos los pueblos desde la ciudad más populosa hasta la más reducida aldea.

Este es, señores, en compendio el orígen de la Procesion del Santísimo Cuerpo del Señor, del *Corpus Christi.* El génio cristiano que tiene tonos para todos los sentimientos puros y santos; que en tiernísima endecha cantó en el *Stabat Mater* los dolores de la Madre del varon de dolores; que aterra y consuela á un tiempo mostrándonos el cuadro del Juicio Final en el último día de los siglos en el *Dies iræ,* inspiró tambien himnos inmortales para celebrar esta festividad, esta nueva forma del culto al más augusto de nuestros Sacramentos; y es Tomás de Aquino el talento más grande de la Iglesia cristiana, si se esceptúa á San Agustin, el teólogo y

el poeta del oficio litúrgico que la Iglesia consagra al admirable misterio por antonomasia de la fé. Leed, señores, el himno del *Pange lingua* ó el *Lauda Sion Salvatorem* y descubrireis apesar del latin duro y del metro monótono y aconsonantado de la Edad Media los conceptos más sublimes, más claros y exactos de este dogma, hermoseados con los encantos de entusiasta, sencilla y candorosa poesía.

Esta festividad extendida en breve por todos los paises cristianos se recibió y solemnizó con especial magnificencia en la region donde alentaba el pueblo de la fé más viva y profunda, el pueblo español. Volúmenes enteros serían insuficientes para describir los festejos, galas, funciones y regocijos que ostentaba esta fiesta en España. La extraordinaria pompa y explendor que en tan solemne procesion se desplegaban en Valencia, Barcelona, Toledo, Búrgos, Sevilla y en esta religiosa y culta ciudad son testigos elocuentísimos de la fé y piedad española. ¿Qué os diré más? En todo el orbe cristiano se llevaba á la Magestad Divina en manos del Prelado ó Dignatario Eclesiástico de mayor gerarquía de cada localidad: en España haciéndose larga muestra de desprendimiento de las terrenas riquezas en obsequio à tan alto misterio, se quiso y se obtuvo el que la Hostia Divina fuese conducida en carros triunfales, en tronos de oro y plata con las más preciosas piedras. Estas son nuestras custodias, especialidad española que dió ejercicio al cincel cristiano de Juan de Valencia, de Albcar, de Juan de Arfe y de otros de esclarecida memoria en la historia del arte. Yo no necesito extenderme más en este punto, encontrándome en Cádiz cuya magnífica custodia costeada por la

piedad del Ayuntamiento, precisamente en los tiempos de Calderon, no tiene hoy en lo suntuosa y rica, rival en ninguna otra iglesia de España. Pero lo que más ayudaba al explendor de esta fiesta era, señores, la representacion de los llamados *Autos Sacramentales* ó sean dramas religiosos dirigidos á explicar, ensalzar y cantar las grandezas del Sacrificio de nuestros altares y del augustísimo Sacramento de la Eucaristía. La celebracion de estos Autos se consideraba como parte integrante de esta festividad y á ellos asistian los Reyes, los Magnates, los Eclesiásticos y Religiosos lo mismo que el comun del pueblo, y la composicion de estos dramas se encomendaba por las ciudades á los poetas de más nombradía.

Lope de Vega, Tirso de Molina, Valdivieso y otros habian escrito Autos Sacramentales: pero D. Pedro Calderon de la Barca arrebató á todos la palma en este género de composiciones, así como ántes había superado á todos en los dramas trágicos, caballerescos y filosóficos.

¿Y quién mejor que él podría desarrollar en la escena asunto tan grandioso? Para su acabado desempeño se necesitaba estar versado en la ciencia de las Sagradas Escrituras; era indispensable conocimiento profundo de la Teología si había de exponerse fiel y exactamente la doctrina católica sobre tan alto misterio; era indispensable el presentarla en formas sensibles, pintorescas, brillantes para que la comprendiese, admirase y amase un pueblo meridional, de vivas creencias, de ardiente fantasía, de corazon apasionado. Y Calderon, señores, reunía todas estas prendas: era docto escriturario, teólogo eminente y poeta de vasta y atrevida imaginacion, sin segundo en el arte de anu-

dar y acumular y de desenlazar luego incidentes y situaciones difíciles, sorprendiendo siempre y sin interrupcion embelesando á los espectadores.

Y era más todavía: poseía, séame lícita la frase, la ciencia práctica de las grandezas, de las inefables dulzuras del altísimo Sacramento que cantaba. Era Sacerdote, señores; era un hombre que diariamente inmolaba la víctima santa en los altares; á su voz sacerdotal de omnipotente eficacia por ser la misma que la del Sacerdote eterno Cristo Jesús, se realizaba el augusto misterio; y al consumir la víctima propiciatoria, tornábase su alma en morada de aquel Dios que no se ha desdeñado habitar en el pecho del hombre, su desgraciado hermano, para ser allí fortaleza de su debilidad, luz de sus tinieblas, descanso de sus trabajos, alivio de su dolor.

Allí, pues, en la intimidad de union tan estrecha, allí bebía el gran poeta y piadoso Sacerdote la elevada inspiracion, la poética alabanza del augusto Sacramento de nuestros altares que con tan superior ingenio y maestría expresó en sus *Autos Sacramentales*.

No es mi intento hacer de ellos un análisis literario impropio de este lugar: sólo sí diré que quien atentamente los leyere, quien desentendiéndose de algunas difusas digresiones propias de su exhuberante imaginacion y del gusto de su tiempo, los medite con detencion, quedará maravillado de aquel su agudísimo ingenio, de aquella lozana y rica fantasía, de aquella profundidad filosófica y moral de sus pensamientos, de lo fecundo de su invencion, del atrevido vuelo de su genio y sobre todo de su piedad y acendrada fé católica y amor al misterio de la Cruz de Cristo y al Sacramento conme-

morativo de su Pasion y de su muerte.

Por eso en los *Autos Sacramentales* se vale de las más ingeniosas alegorías y se presentan cien y más personajes simbólicos; su imaginacion evoca los seres visibles é invisibles, los naturales y sobrenaturales, los más abstractos toman vida y cuerpo: allí la virtud, el mundo, el vicio, el pecado, la penitencia, allí la indigencia y la riqueza, la hermosura, la vanidad, la religion y la idolatría, los espíritus del cielo y los infernales, todos acuden, todos se mueven á los acentos del poeta, todos concurren al fin que se propone; á la explicacion, gloria y triunfo del Sacramento de la Eucaristía y se abaten y postran ante él como centro de nuestros cultos, adoracion y amor.

¡Cuánta fé, verdad, filosofía y desprecio de lo que el mundo llama grande, ostenta en el *Auto* titulado *El Gran Teatro del mundo!* Por él van pasando desde la cuna al sepulcro el monarca con su majestad real, el rico con su opulencia, la hermosura con sus atractivos, el mendigo con sus harapos, el labrador con su arado, la virtud con su modestia y mortificacion. Todos despues de desempeñar su papel en el mundo, se hunden en el sepulcro. El sepulcro los devuelve al mundo, pero al rico sin sus tesoros, al monarca sin su cetro, al labrador sin sus instrumentos rústicos, á la hermosura sin sus encantos. Sólo el pobre humilde y paciente y la virtud austera son respetados y surgen de la tumba con una vida mejor; sólo ellos son admitidos desde luego al misterioso banquete del Pan de la eterna y verdadera vida. ¡Que leccion más elocuente para Felipe IV y su corte! No son las riquezas, ni la hermosura, ni la dignidad real tomadas en consideracion por aquel Dios ante el

cual son polvo despreciable las grandezas humanas: sólo la virtud es premiada aunque se halle en el pobre, olvidado ó vilipendiado del mundo.

El espíritu melancólico con que Job deploró sus aflicciones mueve el ánimo de nuestro insigne poeta cuando en su Auto *Lo que vá del hombre á Dios* pinta la distancia que media entre él

Hombre de mujer nacido
Para vivir breve tiempo.

y la eternidad é inmutabilidad de Dios.

En el que titula *El Divino Orfeo* y en otros el objeto que arrebata el ánimo del devoto poeta es la Cruz, es el signo de nuestra redencion que como cantó en otro lugar fué aquel

Iris de paz que se puso
Entre las iras del cielo
Y las maldades del mundo.

Mas inútil es continuar en este exámen: que sería interminable tarea seguir al poeta en todas y cada una de las creaciones de su religioso ingenio.

Ellas le han conquistado la admiracion de propios y extraños y el renombre de poeta filósofo, de rey de la escena española. Mas á todos estos títulos se sobrepone á nuestro juicio el de poeta del honor castellano, el de grande y piadoso poeta católico. Sin amalgamas de ningun género, sin admitir en esta parte coparticipacion alguna, su gloria es absolutamente española y católica. Calderon es nuestro: á nosotros españoles, á nosotros católicos, apostólicos, romanos exclusivamente nos pertenece.

Y séame lícito ahora que os manifieste llanamente un pensamiento que me asaltó al principio de la celebracion de estas honrosas fiestas y que

sigue ocupando mi atencion como tal vez tambien la vuestra.

Como español, como sacerdote católico he visto y veo con inmenso placer el honor que se tributa y el entusiasta recuerdo con que se rodea en estos dias el sepulcro del gran vate mantuano, del sacerdote de la Iglesia Católica, única verdadera. Pero, señores, si al lado de los amantes de nuestra religion y de nuestras patrias glorias; si entre las filas de los literatos cristianos y católicos vinieran ciertos hombres, denigradores de nuestros siglos de fé; si con los acentos del español católico se mezclasen las voces del extranjero, ó del incrédulo, racionalista ó libre pensador; si hombres á quienes profundamente compadezco, porque jamás se han postrado y llorado ante una cruz, porque sus corazones jamás han latido de alegría con las alegrías de la patria ni gemido con sus desventuras, alargasen hoy sus manos para coronar la estátua del poeta eminentemente español, del piadoso Sacerdote católico... ¿qué pensar de tales homenajes?.. ¡Ah! si reconocieran por causa el ascendiente propio del génio que convierte á veces en panegiristas á sus más enconados enemigos, nos congratularíamos de este nuevo triunfo de nuestra religion y de nuestra patria. Al cabo la España decadente del siglo décimo sétimo aun tenía fecundidad bastante para producir tan grandes hombres: al cabo el árbol del catolicismo no es tan nocivo que á su sombra no pueda crecer lozano y gigante el génio. Pero si otra intencion se esconde tras esos festivos alardes: sí, lo diremos desde luego, si se quiere hacer parecer á nuestro gran poeta como al padre de la escuela dramática moderna, especialmente la llamada romántica, ó como el precursor de ciertos es-

critores que sin negarles talento é imaginacion han filtrado letal veneno en las instituciones religiosas y sociales; si se pretende en una misma urna mezclar y remover su nombre con el de Goethe, Schiller, Victor Hugo ó Alejandro Dumas... error es intolerable si no indigna artería que no puede pasar sin correctivo.

Es cierto: Calderon como los demás dramáticos españoles, siendo altamente original y llevado de la genial independencia de la nacion, sacudió el yugo de las unidades dramáticas de lugar y de tiempo, permitiendo al genio el libre vuelo por más anchas esferas. Los modernos, especialmente los denominados románticos le han seguido en esta libertad. Pero fuera de este punto de forma, en su esencia, es decir en sus intenciones, creencias y filosofía ¿qué afinidad existe entre los dramas de la escuela moderna y los del Poeta castellano?

Calderon, ya lo habeis visto, fué el cantor insigne del más augusto de nuestros Sacramentos, el poeta del catolicismo, de la patria española, del honor castellano, de la monarquía absoluta. Jamás en ninguno de sus dramas, en la lucha entre las pasiones y el deber queda el vicio impunemente triunfante y la virtud hollada ó fatalmente vencida. Nunca se aplaude la liviandad, ni el que cayó por flaqueza llega á la glorificacion sinó por el camino de la penitencia y del arrepentimiento. Todo lo contrario en el drama moderno: ¿qué parecido tiene con las heroinas de Calderon por lo comun tan altivas, tan pudorosas que no permiten la menor licencia á sus amadores, la Margarita de Goethe en el *Fausto*, vencida apénas sin lucha por unos incentivos capaces sólo de seducir á una niña? Su debilidad no sólo queda sin correctivo sinó que se

presenta como amable y se le diviniza y glorifica sin que espíe su falta por el llanto del arrepentimiento. Miéntras que Calderon se mostró amante de la monarquía de la Casa de Austria, Victor Hugo en su *Hernani* lleva por su exageracion, hasta el horror ó quizá hasta el ridículo el honor castellano que no comprendió jamás por su ignorancia de nuestro nacional carácter, y muestra al Emperador y Rey Cárlos V como un miserable badulaque; y Schiller en su D. Cárlos pinta con horribles colores al que á despecho de los protestantes y franceses á quienes contuvo y humilló, será siempre una de las figuras más grandes de nuestra historia, Felipe II. Y en cuanto al espíritu religioso ¿cuál es la religion que inspiran esos dramas monstruosos en los que el hombre es un sér meramente fisiológico? Si sacia sus detestables pasiones es felíz, si no el puñal ó el veneno terminan su existencia; y para decirlo en breves palabras, los medios escénicos y el desenlace ó catástrofe de casi todos esos dramas se reasumen en la horrible trinidad del incesto ó adulterio, del asesinato ó del suicidio. No exageramos: ahí están entre otros muchos el *Angelo* y *Lucrecia de Borgia* de Victor Hugo, y la *Catalina Howard* y *Margarita de Borgoña* de Alejandro Dumas que confirman sobradamente nuestros asertos.

Siendo esto así ¿qué lazos de filiacion ó fraternidad pueden unir á estos escritores con el gran poeta católico é insigne español, nuestro Calderon de la Barca? Se le asemejarian sin duda si cual el ilustre Manzoni en Italia hubieran bebido su inspiracion en los raudales de la fé católica y de la doctrina purísima salida de los labios del Divino Maestro, Cristo Jesús; pero si desprecian á la religion

católica considerándola como una máquina gastada y próxima á desaparecer; si para tales escritores la monarquía es una institucion despótica y nuestra España del siglo décimo sétimo una nacion bárbara y fanática ¿con qué títulos vienen hoy á acercarse á glorificar á nuestro inmortal Poeta? Cierto, señores, que á levantarse de su tumba el autor de los *Autos Sacramentales* los rechazaría con noble indignacion.

Pero acercaos vosotros, señores, vosotros que informados del espíritu verdaderamente cristiano y católico habeis promovido esta solemnidad religiosa, acercaos á honrar la memoria del gran Poeta de la manera que os han sugerido vuestros piadosos deseos y reclama no ménos el santo recinto donde nos encontramos. Callen delante de este túmulo, imágen de su tumba, la admiracion y el aplauso mundano; y reservando para vuestros Liceos ó Academias el discurso elocuente ó el cántico entusiasta á su memoria grata y armoniosa, ahora, en estos instantes posean vuestros corazones tan sólo sentimientos de caridad cristiana, de religiosa piedad: con el suspiro fervoroso de vuestras almas acompañen vuestros labios la última plegaria que por el gran Poeta vá á elevar al Dios de las infinitas misericordias esa Iglesia que en el tiempo lo cobijó bajo sus maternales alas; porque en la presencia de aquel Señor, tambien infinitamente justo, sólo halla acogida la inocencia ó el arrepentimiento; porque al lado de aquel premio eterno, de aquellas regiones de serena lumbre inmortal son tinieblas y silencio la gloria y láuros de la Tierra.

¡Oh! que el espíritu del insigne Vate, cantor del Dios Sacramentado por amor nuestro aquí en el tiempo goce de su presencia cara á cara en la mo-

rada de la eternidad; que purificado de cualquiera mancha de la humana miseria viva por siempre aquella vida divina que no conoce temor de pérdida ni de mudanza; que haya eterno reposo en el seno de su Dios El alma del Gran Poeta Cristiano, del piadoso Sacerdote Católico, D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

AMEN.